

EL DIA QUE TRATARON DE ASESINAR A CASTRO

poco después de que Dorticós hubiese empezado a hablar. En aquel instante, el supuesto oficial había de llamar al ascensor automático y bloquear la puerta para poder desaparecer tan pronto como se perpetrara el asesinato. Después entraría otra vez en el apartamento, donde sus tres cómplices ocuparían sus lugares respectivos. Los dos hombres armados de rifles se colocarían en la ventana para apuntar a Castro. Un tercer hombre, armado con un «bazooka», apostado en otra ventana, apuntaría a la multitud. Los tres dispararían al mismo tiempo. Así, antes de que nadie se diese cuenta de dónde habían venido los disparos de rifle, una gran explosión sembraría el pánico y el desconcierto en la multitud. Durante el barullo que seguiría, los dos hombres armados de rifles continuarían sus disparos en el caso de que hubiesen fallado los primeros tiros. Luego correrían hacia el ascensor llevando sólo los subfusiles. En el ascensor bajarían hasta el tercer piso. El resto lo harían por las escaleras.

Al parecer, también Oswald había utilizado el ascensor y las escaleras cuando el asesinato de Kennedy. El funcionario del Ministerio Cubano del Interior continuó sus explicaciones:

—Los asesinos creían que de este modo no se verían atrapados dentro del ascensor si, por casualidad, la policía entrase en el edificio antes de que el ascensor llegase al primer piso. El edificio tenía sólo una salida. Sin embargo, confiaban en el pánico general y en los uniformes que llevaban para pasar inadvertidos. Una vez en la plaza, torcerían a la derecha, darían la vuelta a una esquina y correrían hasta donde les esperaba el coche.

—¿Y después?

—Según la versión que nos dieron «a posteriori», los tres hombres esperaban ser trasladados a la casa del jefe del grupo, situada en un barrio residencial de La Habana. Después de eso, ya no sabían lo que iban a hacer. Sólo su jefe lo sabía. El jefe nos reveló que pensaba telefonar desde su casa a un pescador de Varadero para que les facilitase el traslado a los Estados Unidos.

—¿Pero usted parece escéptico

sobre este último punto! —sugerí.

—No nos lo creemos. La utilización del teléfono hubiese puesto en peligro la huida. ¿Por qué no habían concertado antes la entrevista? Creemos que el jefe tenía una buena razón para volver a casa. No creemos que proyectase abandonar el país.

—¿Y los otros?

—Es interesante observar que encontramos huellas digitales en las armas que iban a haber servido para el asesinato, pero que ninguna de las huellas era del jefe. Seguramente los cómplices iban a ser asesinados después del atentado. La policía encontraría tres armas y los cadáveres de los tres hombres que habían dejado sus huellas en aquellas. Pero nada denunciaría al jefe.

—¿Cómo frustraron ustedes el plan? —pregunté.

—Los cuatro hombres tomaron una serie de medidas para no ser detectados. No encendieron para nada las luces del apartamento y permanecieron junto a la puerta para que nadie pudiese verles a través de las ventanas. No fumaron. Y sólo hablaron en susurros. Después de montar todas las armas, se sentaron a comer los bocadillos que habían llevado; luego se echaron a dormir. A las cinco de la mañana, dos miembros de la seguridad nacional abrieron la puerta y se encontraron a los cuatro conspiradores dormidos rodeados de sus armas. Se rindieron sin ofrecer la mínima resistencia.

—¿Cómo se enteró la policía?

—No teníamos noticias de que existiese una conspiración. Fue una inspección de rutina.

Pensé en el edificio que se levanta sobre la Dealey Square, donde Kennedy fue asesinado.

—Si en lugar de hablar desde el balcón, sus dirigentes se hubiesen trasladado en coche abierto desde el aeropuerto hasta el centro de La Habana, ¿hubiesen podido registrar todos los edificios del trayecto? —inquirí.

—En la medida de lo posible —contestó—. Nos hubiésemos dedicado preferentemente a los puntos que ofreciesen mayor peligro, por ejemplo, donde el coche tuviese que reducir velocidad.

—Si el coche tuviese que girar a la derecha para luego torcer a la izquierda por otra calle, ¿vigilarían ese punto especialmente?

—Se tomarían las máximas pre-

cauciones en ese punto. Se registrarían todos los edificios adyacentes —contestó.

—¿Cómo se hicieron con las armas los asesinos en cuestión?

—Los rifles y los subfusiles eran de fabricación belga y debieron ser robados al ejército cubano en los primeros meses de la revolución. El control de armas de este tipo no había resultado demasiado eficaz y sabemos que muchas de estas armas pasaron a manos de los enemigos de la revolución por aquel entonces. En cuanto al «bazooka», podemos afirmar, sin lugar a dudas, que fue enviado desde los Estados Unidos por agentes de la CIA.

—¿Cómo sabe usted que no fueron cubanos anticomunistas los que compraron el arma en los Estados Unidos? —le pregunté.

—Es difícil saber estas cosas a ciencia cierta. Pero vamos conociendo sus costumbres. El procedimiento habitual consiste en enviar armas a bordo de un barco contratado por la CIA. Esas armas van acompañadas por un agente de la organización, sin que éste trate de entrar en Cuba con las mismas. Del contrabando de las armas se encargan unos cuantos cómplices que utilizan para ello lanchas ultrarrápidas. Estas barcas están pilotadas por cubanos contrarrevolucionarios. El contrabando se hace de noche, aprovechando las playas desiertas. Las armas se trasladan a depósitos clandestinos. Muchas son capturadas antes de llegar a su destino. Es indudable que la CIA participa activamente en este suministro de armas, entre las que figuran incluso minas magnéticas perfectamente empaquetadas y dirigidas a puestos militares en los Estados Unidos. Existen, además, los testimonios de los hombres capturados, por si había alguna duda.

—¿Ha aumentado o disminuido este tipo de actividades?

—El número de intentos de sabotaje y asesinato ha disminuido sensiblemente en los últimos años, pero los métodos utilizados revisten una cada vez mayor sofisticación. En los interrogatorios de varios agentes contrarrevolucionarios capturados por la policía hemos sabido que entre sus cometidos figuraba el de averiguar todo cuanto pudiesen sobre las costumbres de Fidel, los lugares que visita, la gente que frecuenta, etcétera...

MUSCH

